

EL MUNDO

Viernes, 11 de febrero de 2005. Año XVII. Número: 5.541.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Una alianza necesaria

JOSE ANTONIO JAUREGUI

No son palabras mías. Las firma Oriana Fallaci: «Los 15 millones de musulmanes (¡15!) que hoy viven en Europa son solamente los pioneros de las futuras oleadas. Y créanme: vendrán cada vez más. Exigirán cada vez más. Pues negociar con ellos es imposible. Razonar con ellos impensable. Tratarlos con indulgencia o tolerancia o esperanza, un suicidio. Y cualquiera que piense lo contrario es un pobre tonto». Leo este texto incendiario en la página 99 del best seller *El Orgullo y la rabia* de Oriana Fallaci. Diego Hidalgo, adalid de la alianza de civilizaciones y fundador del Club de Madrid y del Proyecto de Paz de Toledo, escribe (*El Futuro de España*, página 128): «La implicación de Huntington de que el conflicto es inevitable porque el Islam es propenso a la violencia, está irracionalmente comprometido con su religión y siempre ha tenido conflictos fronterizos es errónea. Este razonamiento procede de un desconocimiento del islam. Huntington está haciendo un mal uso de la Historia. La misma acusación podría ser dirigida por el islam contra Occidente. Si uno repasa la Historia del siglo XX, ¿no es Occidente quien ha provocado dos guerras mundiales y varias veces ha puesto al mundo a un milímetro de un holocausto nuclear durante la Guerra Fría?».

¿Quién tiene razón? ¿Oriana Fallaci o Diego Hidalgo? ¿Cuál es el mejor camino que podemos seguir? ¿El del choque o el de la alianza de civilizaciones?

Diego Hidalgo nos invita a hacer un serio examen de conciencia histórica. Los españoles tenemos que examinar el significado de Santiago Matamoros, así como de las judiadas. Tenemos que contemplar a Averroes, nuestro magnífico cordobés, adalid de la armonía de civilizaciones, pintado en los frescos de El Vaticano en la Escuela de Atenas al lado de Epicuro, Arquímedes, Platón y Aristóteles. Rafael pintó esta Escuela de Atenas inspirándose en La Divina Comedia de Dante. Fue Dante el primer europeo que hizo justicia a Averroes. Averroes nos hizo a los europeos el gran favor de entronizar la razón y la conciencia como la primera revelación de Dios. Averroes introdujo en la universidad musulmana la razón y la conciencia que él descubrió en Aristóteles y, a través de su discípulo y compañero el dominico italiano Tomás de Aquino, en la universidad cristiana. Averroes es uno de los pioneros y adalides de la ciencia, de la razón y de la conciencia como antídotos de todo fanatismo.

Debemos los españoles -y Oriana Fallaci también- meditar sobre uno de los textos más bellos sobre la alianza de civilizaciones, un testamento ético y estético que no tiene precio escrito por Ibn al Arabi, un español por más señas de Murcia, un musulmán adalid de los derechos humanos que en el siglo XII escribió: «Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo si su religión no era como la mía. Ahora mi corazón se ha convertido en el receptáculo de todas las formas: es pradera de gacelas y claustro de monjes, templo de ídolos y kaaba de peregrinos, tablas de la ley y del Corán porque profeso la religión del amor y voy adonde quiera que vaya su cabalgadura. El amor es mi credo y mi fe».

Los españoles que expulsamos a los judíos en 1492, pese a que el padre Juan de Mariana empieza su monumental Historia General de España con esta frase. «Túbal, nieto de Japhet, fue el primer hombre que vino a España». Es decir, un judío. Deberíamos meditar sobre este poema de Dom Sem Tob, rabino español de Carrión de los Condes: «Por nacer en espino/ la rosa yo non siento/ que pierde, ni el buen vino/ por nacer del sarmiento; /ni vale el azor menos/ porque en vil nido siga,/ ni los ejemplos buenos/ porque judío los diga».

Deberían los franceses meditar sobre el lema de su escudo, Dieu et mon droit, Dios y mi derecho, del que el In God we trust (en Dios confiamos) de los dólares es una variación al tema, teniendo en cuenta que esa identificación tribal es sumamente peligrosa. Deberían los ingleses tener en cuenta que aún no han separado Iglesia y Estado como lo hiciera Atatürk en Turquía, ya que su Jefe de Estado es a la vez jefe de la Iglesia, la Iglesia anglicana.

Pone Huntington el dedo antropológico en la llaga cuando afirma: «La historia humana es la historia de las civilizaciones». Es un claro desafío a la primera frase del Manifiesto Comunista de Marx y Engel que reza «toda la historia de la sociedad humana es una lucha de clases». En ambas sentencias hay mucha verdad. Pero incluso los equipos económicos se alinean en más de una ocasión no con criterios económicos sino ideológicos o religiosos.

Cuando Moctezuma con su séquito salió al encuentro de Hernán Cortés que iba a caballo con sus caballeros, le preguntó: «¿A qué habéis venido?». «A traer la palabra de Dios», respondió Hernán Cortés. «¿Dónde traéis la palabra de Dios?», preguntó el azteca intrigado. «Aquí», respondió el extremeño y le hizo llegar un ejemplar de la Biblia. Moctezuma acercó al oído derecho y luego al izquierdo aquel libro y dijo: «No oigo nada». Los soldados de Hernán Cortés se morían de risa. Es el infeliz desencuentro de los seres humanos que se sienten superiores por su civilización y que pueden con un Ejército superior mostrar y demostrar que su civilización y su religión es la única verdadera.

En una clase de Antropología Social en la University of Southern California en Los Angeles ante más de 100 estudiantes, dije: «Pensamos ingenuamente los occidentales que nuestra civilización es superior por ejemplo a la musulmana, a

la que representamos con el burka, el velo de las mujeres y Jomeini (eran los años 80). Pero tenemos que revisar el adjetivo nuestra: el cero y el uno, clave de nuestros ordenadores, se llaman arabic numbers, números árabes. En efecto, los musulmanes nos los trajeron de la India. Así que una de las claves de nuestra civilización occidental es un regalo fantástico de nuestros hermanos musulmanes». Al final de la clase unos pocos estudiantes musulmanes vinieron a darme las gracias. «En nombre de la Umma -la comunidad de todos los musulmanes- le doy las gracias», me dijo una estudiante jordana. «Es la primera vez que oigo decir en clase a un profesor cristiano que la civilización occidental nos debe el cero». Y me dio un beso «con toda su alma».

Hoy la zona devastada de las Torres Gemelas se llama zona cero, palabra, concepto y valor que debemos a la civilización de la Alhambra y de Averroes. Jeremy Rifkin, un destacado intelectual estadounidense, ha declarado que antes del 11 de Septiembre nunca se interesó por el islam. Ahora confiesa que ha empezado a descubrir las maravillas de una civilización que él ignoraba y aboga por «la gran conversación» entre occidentales y musulmanes. Es la gran asignatura pendiente.

Cuando Juan XXIII le dio un abrazo al arzobispo de Canterbury, cuando Yasir Arafat e Isaac Rabin se besaron tras firmar un tratado de paz en Estados Unidos, cuando el Rey Juan Carlos logró que los españoles enterraran el hacha (salvo un hacha con serpiente), cuando Anwar el Sadat, presidente de Egipto, entró en la Knesset -el Parlamento de Israel- y dijo: «Hermanos, os traigo la paz de Abraham», hubo armonía y alianza de civilizaciones.

El presidente del Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, ha lanzado una iniciativa que sería del agrado de Ibn al Arabi y de Dom Sem Tob: la Alianza de Civilizaciones. Algunos intentan ridiculizar esta idea y este ideal como una sandez bienintencionada o como una estrategia equivocada. Debemos, sin embargo, apoyar esta iniciativa que es la gran asignatura pendiente que todos tenemos.

El caldo de cultivo del terrorismo es la perspectiva xenófoba y fanática de las Oriana Fallaci (con los moros no hay nada que hablar, salvo expulsarlos de Europa) y de los Hitler (con los judíos no hay nada que hacer salvo eliminarlos). Yo crecí y fui educado -maleducado- en este chapapote xenófobo en el que los viernes santos orábamos por «los pérfidos judíos» y dábamos gracias a Santiago Matamoros por habernos liberado «de la piltrafa del islam» (en expresión xenófoba de Claudio Sánchez Albornoz, si bien debería observar este eminente historiador que el albornoz que lleva delata su identidad en parte árabe).

La Alianza de Civilizaciones es necesaria (en Europa ya son europeos millones de musulmanes, entre ellos millones de turcos) y el lugar elegido -Naciones Unidas-, el idóneo. Debemos examinar con toda objetividad la xenofobia y

fanatismo que han brotado ayer y hoy en los jardines cristianos (quema de herejes, expulsión de judíos, condena de otras religiones y en especial la musulmana como piltrafa), musulmanes o judíos y descubrir todas las maravillas (arquitectónicas, musicales, poéticas, literarias y éticas) que han aportado estas civilizaciones al Patrimonio de la Humanidad.

No hace demasiados días celebramos el sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz.

En el año de gracia de 1975 estuve en este lugar siniestro hablando a las cámaras de Las Reglas del Juego -una serie de TVE que escribí y presenté bajo la dirección magistral de Enrique Nicanor-. Ya entonces dije: Homo homini lupus: el hombre es un lobo para el hombre. Este horrible y macabro lugar en que me encuentro da cuenta de toda la verdad que encierra la sentencia de Plauto podada por Hobbes».

No ha tenido lugar este genocidio siniestro en las que hemos denominado «sociedades salvajes», sino en la tierra de Bach y de Kant, de Cervantes y de Shakespeare pero, ¡ojo!, también de Nerón, de Hitler, de Stalin, de la Santa Inquisición, de guerras sanguinarias invocando a un dios tribal, persiguiendo durante siglos los eurocristianos, a musulmanes y judíos en nombre de un judío que dio la vida por desterrar el ojo por ojo y el diente por diente.

Me llamó la atención una sentencia tallada en piedra en una pared tras la liberación de Auschwitz: Homo homini: el hombre al hombre. Ahí está la clave de la armonía o alianza de civilizaciones: descubrir la verdadera identidad de judíos, musulmanes y cristianos: la identidad humana. Mientras confundamos el adjetivo -musulmán, judío, cristiano- con el sustantivo -la persona-, no entenderemos que todos los adjetivos son complementarios y no excluyentes. Homo homini: una concisa variación del nil humani a me alienum puto: («nada humano me es ajeno»), el regalo ecuménico de Terencio, que Auschwitz nos muestra a todos para que no caminemos por la senda xenófoba que conduce a los 11-S y a los 11-M.

José Antonio Jáuregui es antropólogo y autor del libro La Identidad Humana.

© Mundinteractivos, S.A.